

En Aa. Vv., *Antonio Machado hoy. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*.  
Sevilla: Alfar, 1990.

## ANTONIO MACHADO Y LA ATENCION AL NIÑO EN LA GUERRA CIVIL

*Jaime García Padrino*

E. U. Profesorado E.G.B. "Pablo Montesino"

Los sucesivos números de *El Complementario*, boletín informativo de este Congreso Internacional, nos han informado de los objetivos y de las intenciones fundamentales para la convocatoria que nos ha reunido aquí y ahora. Por ello, al iniciar la presentación de mi trabajo, quiero recordar unas palabras de Leopoldo de Luis, ofrecidas en el número 2 de esa publicación y con las que invocaba este principio: "Toda gran obra literaria posee la cualidad de poder ser estudiada y comprendida desde distintos ángulos de visión por las diferentes generaciones, a lo largo del tiempo."

Con palabras ahora del profesor Senabre, el número siguiente de *El Complementario* resaltaba el carácter ya clásico de la poesía de Antonio Machado, abierta a "nuevas posibilidades de lectura", y cuyo carácter perdurable ha sido acrecentado por el propio paso del tiempo.

He querido citar las razones expuestas por Leopoldo de Luis y por el profesor Senabre, pues creo, deben de pesar en el ánimo de cualquier intento de investigación o de crítica, centrado en la obra y en la vida de Antonio Machado. De ahí que nuestra comunicación pretenda sólo añadir unas precisiones cronológicas y un breve comentario crítico sobre unos textos menores en la amplia producción machadiana, que nos han atraído por un rasgo particular: el haber sido dedicados por el poeta, de intención, al niño en el período difícil de la guerra civil.

Los poemas que presentamos a continuación han sido ya ofrecidos antes, al menos, en tres publicaciones de las que hemos podido tener noticia hasta ahora. La primera de ellas, la antología *Antonio Machado para niños* (Madrid, De la Torre, 1982), preparada por Francisco Caudet, recogía cuatro poemillas, tomados de "una emisión de tarjetas postales para niños de familias republicanas". Salvo la mención citada, no se hace ninguna otra precisión cronológica ni se puntualizan las circunstancias de esas creaciones. Creemos que tal ausencia de notas podría estar condicionada por el propio carácter de la recopilación, publicada en la meritoria colección "Alba y Mayo", donde sus distintos volúmenes responden al deseo de acercar a los lectores más jóvenes las grandes figuras de la poesía escrita en castellano.

También hemos encontrado aquellas composiciones de Machado, escritas durante su estancia en Valencia, ya iniciada la guerra civil, en el magnífico volu-

men titulado *Valencia a Machado* (Valencia, Generalitat Valenciana, 1984). Con esa edición se rendía homenaje al poeta, desde el recuerdo de los meses vividos entonces en la capital de la retaguardia republicana. Bajo el epígrafe de “tarjetas postales infantiles”, aparecían entre los escritos de Machado en aquellos años, seis textos breves — cuatro poemillas de una sola estrofa y dos sentencias o máximas —, pero sin ninguna otra referencia o nota explicativa relacionada con la aparición o el origen de tales tarjetas, o sobre las razones que impulsaron a Machado para esa colaboración.

La tercera y la más reciente es la edición de *Obras completas*, realizada por Oreste Macrí (Madrid, Espasa Calpe, 1989), conocida una vez redactada esta comunicación. En ella se mencionan también estas tarjetas como iniciativa del Ministerio de Comunicaciones y se ofrecen los seis textos que se indicarán a continuación.

Sin negar, además, otras posibilidades para comentarios o ediciones anteriores de estos poemas, con las noticias que ofrecemos ahora tratamos de mostrar la relación de esas composiciones con el frecuente tema machadiano de la infancia y con algunas de sus ideas sobre la educación y los valores instructivos. Pero, al mismo tiempo, nos interesa resaltarlas como una contribución particular del autor en la labor desarrollada por el gobierno de la II República Española, en favor de los niños refugiados lejos del frente bélico.

Gracias a nuestro trabajo investigador, centrado en la literatura infantil en la España contemporánea, encontramos, hace algún tiempo, la noticia de la aparición de unas tarjetas postales infantiles. La fuente es un reportaje periodístico, firmado por José Fernández Caireles, y que vio la luz en la revista *Crónica*, n.º 376, de 24 de enero de 1937. El autor del reportaje informaba de la iniciativa del gobierno republicano, de sus propósitos y de los detalles de la confección y de la edición de las tarjetas. Gracias a esa fiable fuente, hoy podemos conocer la imagen gráfica de las postales, y los rasgos propios de esos textos, enmarcados en la obra poética de Machado en aquel período, “el más plácido desde el estallido bélico, a la vez que (el) de mayor intensidad en su producción”<sup>1</sup>.

En la información citada, el periodista resaltaba el interés del gobierno por apoyar una iniciativa de su Ministerio de Comunicaciones, destinada a facilitar a los pequeños refugiados en la retaguardia unos medios para comunicarse, a través del correo, con sus familias. Ese primer propósito utilitario resultó enriquecido con la idea de que tales tarjetas, vehículos frecuentes en la organización postal, se complementasen con una confección cuidada, y convertirlas así en auténticas obras de arte con una doble misión: “Ser un motivo de agrado para los pequeñuelos y una eficiente obra pedagógica”.

La emisión postal constó de seis modelos diferente de tarjetas. Cada una de ellas ofrecía un dibujo a tricromía —lamento no poder ofrecer ninguna reproducción de aquellos originales— y una inscripción que el articulista atribuía, en su conjunto, al “gran poeta Antonio Machado”. Fernández Caireles completaba su información con un comentario de los textos y de la simbología que animaba a las ilustraciones, además de mencionar la edición de 100.000 ejemplares, “con destino a las Residencias, Guarderías, Colonias”, que alojaban a los niños refugiados.

No quiero dejar de citar, por su interés, el párrafo final de aquel artículo de *Crónica*, que Fernández Caireles aprovechaba para una explícita declaración de la postura que animaba en aquellos días las acciones del gobierno de la República, encaminadas a la atención y a la educación de aquella infancia que vivía las consecuencias de la guerra civil: “Por su significación, es como si con la creación de esta tarjeta infantil, anhelase el Gobierno de la República acercarse al niño con ideas de paz y amor, y proporcionarle —al mismo tiempo que el medio de comunicación gratuita con sus padres ausentes— un motivo de solaz y de eficacia docente. Y así, los niños refugiados en la retaguardia tienen un motivo más para sentirse amparados por la autoridad legítima de España, que, en su constante preocupación por las criaturas, cumple fielmente —y por el impulso humano de su propia esencia liberal— una misión de ternura tutelar con relación a la infancia desvalida.”

Fácil es, pues, de entender la colaboración prestada por Machado en esa iniciativa gubernamental. No sólo se revela como consecuencia clara de su toma de partido, en favor de los ideales defendidos por la República, sino como una coincidencia personal con un claro impulso, de esencia liberal, en favor de una eficaz tutela para aquella infancia.

Entremos ahora en el análisis, más detallado, de esas seis tarjetas y de los textos atribuidos a Machado. Las ilustraciones, del mismo modo que los textos impresos en el anverso de las tarjetas —conocidas gracias a las fotografías de Luis Vidal publicadas en *Crónica*—, no aparecían firmadas. Según la información citada, las imágenes eran creaciones del Sindicato Unico de Profesiones Liberales (C.N.T., A.I.T.), y cumplían con dignidad y eficacia su papel de refuerzo o plasmación gráfica de las leyendas incluidas. Debido, sin duda, a la condicionada relación entre texto e imagen, los textos de dos de tales tarjetas, presentados como máximas o sentencias —“Respeto y amor a la vejez”, “Cada niño es un hogar / respetadlo”—, dan la impresión de ser meros lemas para las correspondientes ilustraciones, aunque se relacionen con el gusto machadiano por el pensamiento breve y sentencioso.

Los textos de las restantes tarjetas, cuatro poemillas breves, participan de un notorio carácter instructivo. Por la fecha del artículo de Fernández Caireles, habrían sido compuestos hacia diciembre de 1936, en los primeros días de la llegada a Valencia y la instalación posterior del poeta y su familia en Rocafort. Machado iniciaba entonces su colaboración con la Casa de Cultura. Eran los días de sus paseos con Blanco, el Director del Museo Pedagógico de Madrid. Días en los que conoció las prisas y el desorden de entonces en las calles valencianas<sup>2</sup>. Calles y plazas “llenas de anuncios”, como precisaba José Machado Ruiz<sup>3</sup>, y que participarían del espíritu impulsor de las iniciativas propagandísticas de la República, entre las que debe incluirse la correspondiente a las tarjetas infantiles aquí comentadas.

Fue una época en la que Machado “trabajaba sin cesar para atender al sin fin de peticiones que de todas partes le hacían”, en palabras también de su hermano José. Con estas pinceladas descriptivas, basadas en los recuerdos de quienes conocieron la vida del poeta en aquellos meses valencianos, creemos apuntado el ambiente que le animó a contribuir, de intención, con sus versos a la instrucción y al recreo de la infancia refugiada<sup>4</sup>.

El mismo argumento justifica el tono de los versos de Machado que sirvieron como lemas de las imágenes de aquellas tarjetas. Así, en los asuntos tratados, Machado mezclaba los valores de la instrucción, del estudio o de la limpieza corporal, con la imagen del niño como redención de la Humanidad, o la contraposición del estímulo del trabajo productivo, o la búsqueda de unos ideales, frente al mero aprovecharse del esfuerzo ajeno, o el amargor de las penas.

Las formas versificadas eran las frecuentes en la poesía machadiana de carácter sentencioso. Una copla de aire popular, en versos hexasílabos, servía de vehículo para el mensaje de corte más utilitario: una llamada de atención sobre las mejores condiciones sanitarias entre los niños recogidos en los centros asistenciales y educativos:

Pequeñín que lloras  
porque te lavan:  
tu mejor amigo  
sea el agua clara.

La instrucción, y no sólo esos cuidados primarios, aparecía tratada en otra de esas coplas. Ahora con versos octosílabos y un aire más forzado o carente de la ligereza apreciable en la anterior, Machado planteaba un claro símbolo de los valores del estudio, donde recurría al tópico del árbol de la Ciencia. Y sobre éste, como el niño de la imagen, parecían cabalgar también los recuerdos del poeta como alumno institucionista y los ideales de Juan de Mairena en favor de una cultura popular<sup>5</sup>:

Ved al niño encaramado  
en el árbol de la Ciencia;  
entre sus piernas, la rama;  
el fruto, entre ceja y ceja.

El afán regeneracionista aparecía plasmado en otra de aquellas imágenes. En ella, un niño de limpia mirada “en sus ojos nuevos”, como símbolo explícito de una pureza natural, intrínseca a la infancia. Y en los versos machadianos, la defensa de los valores infantiles, como camino para una Humanidad redimida de los males de un “mundo viejo” —trabajo y fatiga—, unas realidades susceptibles de ser mejoradas o regeneradas para darles, de ese modo, una condición más humana:

Siempre el mundo viejo  
—trabajo y fatiga—  
lo salva el niño con sus ojos nuevos.

Para aligerar el carácter conceptuoso, alegórico, de ese poema, Machado recurrió a un terceto quebrado, playera o solearíya<sup>6</sup>, que ya había utilizado con numerosas variantes, ahora en una combinación de dos versos hexasílabos y un endecasílabo, que Navarro Tomás señala entre los esquemas utilizados por Machado en su *Cancionero apócrifo*.

Los textos creados por el poeta para la iniciativa postal del Ministerio de Comunicaciones se completaban con un cuarto poema:

Si vino la primavera,  
volad a las flores, como las abejas;  
volad a las flores, niños;  
no chupéis cera.

De nuevo el recurso a la copla, donde combina dos octosílabos con un dodecasílabo y un pentasílabo (8-, 12a, 8-, 5a), cuyo resultado es una estructura un tanto forzada, quizá por el hecho de ser, en realidad, una variante ampliada del terceto incluido con el n.º XVI, en “Proverbios y cantares”, dentro de su libro *Nuevas Canciones*<sup>7</sup>.

Si vino la primavera,  
volad a las flores,  
no chupéis cera.

La ampliación afecta al segundo verso, que de ser hexasílabo, duplica su longitud, con el añadido de una comparación explícita —“como las abejas”—, además de un verso nuevo. “volad a las flores, niños”, adición también reveladora del propósito que animaba a Machado en aquella empresa propagandística. Así, el vocativo declaraba el carácter infantil de los destinatarios y con la repetición de “volad a las flores” reforzaba el carácter de su mensaje instructivo.

De tal forma, al contraponer la imagen de ese tercer verso, añadido a la primera canción, con el último —“no chupéis cera”—, el efecto resultaba desafortunado, por la inadecuada combinación del verbo con el sustantivo objeto directo. La imagen de la miel y de las abejas ya había sido presentada por Machado en otros poemas, como el numerado como LXXXVI, de *Soledades*<sup>8</sup>:

Eran ayer mis dolores  
como gusanos de seda  
que iban labrando capullos;  
hoy son mariposas negras.  
¡De cuántas flores amargas  
he sacado blanca sera!  
¡Oh tiempo en que mis pesares  
trabajaban como abejas! (...)

O en el XXV, de *Proverbios y cantares*

Las abejas de las flores  
sacan miel, y melodía  
del amor, los ruiseñores;  
Dante y yo —perdón, señores—,  
trocamos —perdón, Lucía—,  
el amor en Teología.

En la que abre el apartado de “Canciones”

Junto a la sierra florida  
bulle el ancho mar.  
El panel de mis abejas  
tiene granitos de sal.

incluido en el libro titulado *Nuevas canciones*. Y otro ejemplo más de esas imágenes lo encontramos en las “Canciones del Alto Duero”

Colmenero es mi amante,  
y en su abejar,  
abejicas de oro  
vienen y van.  
De tu colmena,  
colmenero del alma,  
yo colmenera.

La idea del poemilla incluido en la tarjeta postal que aquí mostramos está, pues, emparentada con la defensa de los valores más elevados, presente en el n.º LXVII, también de “Proverbios y cantes”: “Abejas, cantores, / no a la miel, sino a las flores”.

No hemos querido caer en una pretensión desmesurada de sobrevalorar estos poemillas. Tampoco el querer evidenciar una inmerecida falta de atención crítica. Sobre todo, cuando en este Congreso Internacional voces bien autorizadas tratan de mostrar toda la riqueza de los aspectos y de los valores de la obra de Machado. Sólo deseábamos explicar algunos detalles, minúsculos si se quiere, pero que presentan una especial connotación cuando fueron justificados dentro del conjunto de iniciativas de la II República de España en favor de una infancia que hubo de sufrir las terribles consecuencias de aquel enfrentamiento.

Iniciativas que no sólo atendieron a las cuidados materiales para la indispensable subsistencia e higiene, sino a la instrucción innovadora y a la cultura para aquellos pequeños. Iniciativas que respondían a la naturaleza del combate entre dos modelos ideológicos opuestos. De ahí la necesidad de un aprovechamiento de todas las posibilidades disponibles en el aparato estatal, y, al mismo tiempo, el desarrollo de los recursos necesarios ante la distorsión de las condiciones de vida que había impuesto el propio desarrollo de la guerra.

A la atención de los niños evacuados del frente, la República consagró unos esfuerzos que han justificado el poder hablar de una “gigantesca labor”<sup>9</sup>, tanto por los medios materiales utilizados como por la decidida entrega de maestros, pedagogos y artistas para no descuidar la formación de aquellos escolares.

Además, las circunstancias de aquel momento excepcional ofrecían un marco bien propicio para acometer una completa renovación y actualización pedagógica, acorde con la revolución defendida en aquella propuesta ideológica.

Como demuestra la iniciativa que hemos comentado, buena parte de aquellos servicios asistenciales de la República estuvo centralizada en Valencia. En esta ciudad debemos situar también las colecciones de cuentos infantiles, creados por

Antonio Robles e ilustrados por Piti Bartolozzi, entre los distintos volúmenes publicados por la editorial Estrella. Desde allí también, Elena Fortún envió distintos artículos a la revista *Crónica* —en la que seguían apareciendo sus “Cuentos para niños”—. sobre la vida de la retaguardia y la asistencia dedicada al niño.

Otro ejemplo de aquellas realizaciones culturales fue la inauguración de una Caseta-Biblioteca Infantil en un parque de la capital levantina, creada por la Federación Nacional de Pioneros para los niños valencianos y los evacuados de otras zonas. En la biblioteca, con forma de “una monumental pelota de diversos colores”, junto a los volúmenes para la lectura de sus visitantes, existía un teatrillo de guiñol y con sus actividades se desarrollaba un concepto renovador entonces de este tipo de servicios, y en cuyo funcionamiento intervenían los propios chiquillos<sup>10</sup>.

No queremos apartarnos del tema central de esta comunicación. La contribución de Machado a la labor asistencial de aquella infancia. Fue una más. Pero que completa la actitud del poeta, militante decidido en ese momento, en favor de la defensa del mundo infantil, como integrante de la más amplia realidad de la cultura del pueblo. Y así, tal como declaraba Machado en esos días a través de sus artículos, asumió la misión del intelectual en favor de la defensa de los valores espirituales, en este caso del niño. Y esto es lo que hemos pretendido corroborar, ante todo, en nuestro comentario sobre aquellas modestas tarjetas postales infantiles.